

Luiz Bernardo Pericás

CHE GUEVARA
y el debate económico en Cuba

Traducción
RODOLFO ALPÍZAR CASTILLO



SUMARIO

Prólogo, por MICHAEL LÖWY	9
Prefacio: Luiz Bernardo Pericás	
El Che Guevara y el debate económico en Cuba, por Luiz Alberto Moniz Bandeira	13
Nota del autor	25
Lista de siglas	29
Introducción	33
1 Desarrollo económico e industrialización	53
2 Administración, planificación y productividad	75
3 El debate económico en la Unión Soviética y en Europa Oriental	99
4 El debate económico cubano	123
5 Organización sindical y trabajadores	143
6 El socialismo y el “hombre nuevo”	165
6.1 Sistema de incentivos y emulación socialista	183
6.2 Trabajo voluntario	189
7 Che Guevara y las tendencias marxistas	199
Conclusiones	223
Referencias	229

Prólogo

POR MICHAEL LÖWY*

El libro de Luiz Bernardo Pericás es una importante contribución para la comprensión de las ideas económicas del Che Guevara. Muestra, muy hábilmente, que el debate entre reconocidos economistas marxistas europeos como Ernest Mandel (a favor de Guevara) y Charles Bettelheim (en su contra) se refería no sólo a las particularidades del camino cubano hacia el socialismo, sino a problemas más generales de la teoría y la práctica económicas marxistas: si la ley de valor persiste o no en un proceso económico socialista; la relación entre planificación y mercado; la autonomía económica de las empresas y su “rentabilidad”. Analiza el carácter paradigmático del modelo soviético de “socialismo realmente existente”, que el Che no aceptaba. Si bien Ernesto Guevara sabía muy poco sobre las ideas de León Trotsky, Luiz Alberto Moniz Bandeira correctamente subraya, en su prefacio a la edición brasileña, la similitud entre sus conceptos y los del teórico de la revolución permanente.

La argumentación del Che Guevara en defensa de la planificación socialista y contra el uso contaminante de los instrumentos del mercado es muy poderosa y persuasiva. En mi opinión, sin embargo, una deficiencia importante en su discurso es que sus ideas sobre la relación entre democracia y planificación fueron insuficientes. Su planteo de que la planificación (y no las categorías de mercado) era extremadamente importante adquiere nueva relevancia a la luz del argot neoliberal dominante, con su “religión de mercado”. Pero las preguntas políticas clave subsisten: ¿quién realiza la planificación? ¿Quién determina las opciones principales del plan económico? ¿Quién prioriza la producción y el consumo? Sin una democracia genuina —esto es, sin (a) plu-

* Michael Löwy, sociólogo brasileño radicado en Francia desde 1969, es director de investigación en el CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) y profesor de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, en París. Es autor de *Las aventuras de Karl Marx contra el Barón de Münchaussen, Redención y Utopía, El marxismo en América Latina: una antología de 1909 a los días actuales, El pensamiento del Che Guevara, La evolución política de Lukács, La teoría de la revolución en el joven Marx y Revoluciones*, entre otros.

ralismo político, (b) una discusión abierta de las prioridades, y (c) la libertad de la población para elegir entre las distintas propuestas y plataformas económicas en debate-, la planificación se transforma inevitablemente en un sistema burocrático y autoritario de “dictadura sobre las necesidades” (como lo demuestra ampliamente la historia de la ex Unión Soviética). En otras palabras, los problemas económicos creados por la transición al socialismo son inseparables de la naturaleza del sistema político. La experiencia cubana de las últimas tres décadas revela las consecuencias negativas de la ausencia de instituciones socialistas democráticas. Sin embargo, Cuba ha logrado evitar las peores aberraciones burocráticas y totalitarias de los otros estados del llamado “socialismo realmente existente”.

Este debate se relaciona con el problema de las instituciones de la revolución. Guevara rechazaba la democracia burguesa, pero –a pesar de su sensibilidad antiburocrática e igualitaria– no tenía una visión clara de la democracia socialista. En *El socialismo y el hombre en Cuba* (1965), el Che reconoce que el estado revolucionario puede cometer errores, provocando así una reacción negativa de las masas y forzando al estado a hacer correcciones (cita la política sectaria del partido bajo la conducción de Aníbal Escalante en 1961-1962). Pero, señala: “Es evidente que el mecanismo no basta para asegurar una sucesión de medidas sensatas y que falta una conexión más estructurada con la masa...”. Al principio, parece satisfecho con una vaga “unidad dialéctica” entre los líderes y las masas. Pero algunas páginas más adelante confiesa no estar siquiera cerca de encontrar una solución adecuada para el problema del control democrático efectivo: “Esta institucionalidad de la Revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo...”¹.

Sabemos que, en los últimos años de su vida, Ernesto Guevara se había distanciado bastante del modelo soviético, en su rechazo a la “imitación y copia” del “socialismo realmente existente.” Pero en gran parte sus últimos escritos, y en particular sus comentarios críticos a la edición 1963 del *Manual de Economía Política* soviético, permanecieron inéditos por muchos años.

Estas notas críticas se publicaron en Cuba recién en 2006: Ernesto Che Guevara, *Apuntes Críticos a la Economía Política*, Ocean Press, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, 397 páginas. Fueron escritas durante su estadía en Tanzania y Praga, en 1965-66, después del fracaso de su misión en el Congo y antes de partir hacia Bolivia. Este documento estuvo “invisible” por cuatro décadas. Después de la disolución de la URSS, se permitió a algunos investigadores cubanos consultar estos escritos y tomar apuntes limitados. Sólo ahora, cuarenta años después, han sido finalmente publicadas en Cuba junto a otros materiales del mismo período.

Finalmente, este material tan extraordinariamente significativo está disponible para los lectores interesados. Revela la independencia intelectual de Guevara, y su búsqueda de una alternativa radical al modelo soviético de “socialismo realmente

existente". Su oposición al estalinismo es evidente: los *Apuntes* contienen esta cruda afirmación: "El tremendo crimen histórico de Stalin fue haber despreciado la educación comunista e instituido el culto irrestricto a la autoridad".

Guevara continúa defendiendo la planificación como elemento clave del proceso de construcción del socialismo, porque "libera al ser humano de su condición de cosa económica". Una vez más, ¿quién debe planificar? En el debate de 1963-64, no contestó esta pregunta. Estas notas críticas de 1965-66 contienen algunas ideas nuevas. Un párrafo relevante muestra que, en sus escritos políticos posteriores, Guevara se aproximó al desarrollo de una teoría completa de democracia socialista, un proceso democrático de planificación en el cual las personas mismas, los trabajadores ("las masas", para utilizar su terminología), tomarán las decisiones económicas más importantes. "En contradicción con una concepción del plan como decisión económica de las masas conscientes de los intereses populares, se ofrece un placebo, en el cual solo los elementos económicos deciden del destino colectivo. Es un procedimiento mecanicista, antimarxista. Las masas deben de tener la posibilidad de dirigir su destino, de decidir cuál es la parte de la producción que irá a la acumulación y cuál será consumida. La técnica económica debe operar en los límites de estas indicaciones y la conciencia de las masas debe asegurar su implementación"².

Podemos considerar estas notas un estadio importante en el camino de Guevara hacia una alternativa radical al modelo soviético (estalinista). En octubre de 1967, las balas de los asesinos de la CIA y sus aliados bolivianos interrumpieron este trabajo de "creación heroica" (como diría José Carlos Mariátegui) de un nuevo socialismo revolucionario y un nuevo comunismo democrático.

NOTAS

- ¹ Guevara, "El Socialismo y el hombre en Cuba", *Obras 1957-1967*, París, Maspero, 1970, vol. 2, pp. 369, 375.
- ² Ernesto Che Guevara, *Apuntes críticos a la Economía Política*, Ocean Press, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, pp. 132-133

Prefacio

Luiz Bernardo Pericás El Che Guevara y el debate económico en Cuba

POR LUIZ ALBERTO MONIZ BANDEIRA*

Resulta muy oportuna, por su actualidad, la iniciativa de Luiz Bernardo Pericás de reconstruir y analizar el debate desencadenado por el artículo de Yevsei Liberman publicado en *Pravda* el 9 de septiembre de 1962, bajo el título “Plan, beneficios y primas”, defendiendo una reforma macroeconómica en los países del bloque soviético sobre la base del principio de que el lucro representaba el índice de eficiencia de una empresa. Liberman cuestionaba el alcance del planeamiento central y defendía la concesión de estímulos a las empresas para que buscaran mayor eficiencia económica, dándoles más autonomía, promoviendo el interés material y una política de incentivos a los trabajadores. El artículo desencadenó un intenso debate, cuya recapitulación permite comprender algunos de los factores que llevaron al bloque soviético al colapso entre 1989 y 1991, año en que la Unión Soviética se desintegró, mientras China, insertándose cada vez más en el mercado mundial, alcanzaba un éxito extraordinario en su desarrollo económico.

* Luiz Alberto Moniz Bandeira, diplomado en Ciencias Jurídicas, es doctor en Ciencia Política por la Universidad de São Paulo y profesor titular de Historia de la Política Exterior de Brasil, en el Departamento de Historia de la Universidad de Brasilia (retirado). En 2006, fue electo Intelectual do Ano de 2005, por la Unión Brasileña de Escritores (UBE), recibiendo el Trofeo Juca Pato, por causa de su obra *La Formación del Imperio Americano (De la guerra contra España a la guerra en Irak)*. Fue profesor visitante en las Universidades de Heidelberg, Colonia (las dos en Alemania), Estocolmo, Buenos Aires, Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y Universidad Técnica de Lisboa, entre otras. Es autor de más de 20 obras, entre las que se encuentran *Argentina, Brasil y Estados Unidos (De la Triple Alianza al Mercosur)*; *De Martí a Fidel. La revolución cubana y América Latina*; *Fórmula para el caos, La caída de Salvador Allende (1970-1973)* y *Presencia de Estados Unidos en Brasil*, entre otras.

Al igual que Rosa Luxemburgo y otros teóricos del marxismo, Lenin tenía plena conciencia de que el socialismo podría establecerse como orden económico internacional sólo sobre la base del alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas impulsado por el capitalismo; éste, al tiempo que socializaba cada vez más el trabajo, tornaba al progreso discriminatorio y excluyente, en virtud del carácter privado de la apropiación del excedente económico. Solamente en tales circunstancias, con el aumento de la oferta de bienes y servicios en cantidad y en calidad, la liquidación de las diferencias de clase constituiría verdadero progreso y tendría consistencia, sin provocar el estancamiento o incluso la decadencia del modo de producción de la sociedad, como advirtiera Engels¹.

Mientras tanto, al fin de la guerra civil, en 1921, la renta nacional de Rusia cayó a un tercio del nivel de 1913. La industria fabricaba menos de un quinto de las mercaderías producidas antes de la Primera Guerra Mundial; las minas de carbón, menos de un décimo, y las fundiciones de hierro, apenas la cuadragésima parte de su producción normal. La falta de acero, carbón y máquinas amenazaba con paralizar totalmente sus industrias. Las vías férreas estaban completamente destruidas, la agricultura, arrasada y las aldeas, despobladas. La estructura social de Rusia no fue sólo demolida: fue aniquilada y destruida, según observó Isaac Deutscher, resaltando que, cuando la dictadura del proletariado triunfó, el proletariado casi había desaparecido, dado que de los 3 millones de trabajadores existentes antes de la revolución, sólo la mitad continuaba ocupada². Solamente el campesinado había quedado intacto como clase social. Y Rusia, como percibió Kautsky, estaba más distante del socialismo que antes de la guerra³. Lenin lo sabía. Abandonó el comunismo militar o comunismo de guerra, implantado durante los años de la guerra civil, y trató de restablecer el capitalismo, restaurando la economía de mercado con la adopción de la *Nóvaya Ekonomícheskaya Polítika* (NEP) a partir de 1922. No lo hizo como táctica, a fin de enfrentar dificultades momentáneas, sino como estrategia de desarrollo de las fuerzas productivas necesario para el socialismo, ya que concebía el capitalismo de Estado como el capitalismo privado, y no como la propiedad y la operación de las empresas por parte del Estado. Y sostenía, de acuerdo con los parámetros tradicionales de la teoría marxista, que el planeamiento sólo tendría eficacia con una economía altamente desarrollada y concentrada, y no en un país con casi 20 millones de pequeñas granjas.

El socialismo, según Lenin, era “inconcebible” sin la gran técnica, montada de acuerdo con los últimos descubrimientos de la ciencia moderna, sin una organización planificada del Estado, subordinando a decenas de millones de personas al más estricto cumplimiento de las normas únicas de producción y distribución⁴. Allí, una vez más, se evidenció la gran importancia que Lenin atribuía a la posición de Alemania. Según él, una revolución victoriosa en ese país rompería, “de un solo golpe, con enorme facilidad”, todo el “casarón del imperialismo, casarón hecho, por desgracia, del mejor

acero”, y permitiría, “con toda seguridad”, la victoria del socialismo en escala mundial, “sin dificultades o con menores dificultades”⁵. Sin embargo, si la revolución en Alemania tardase en irrumpir, “nuestra tarea consiste en aprender de los alemanes el capitalismo de Estado, en implantarlo con todas las fuerzas, en no escatimar métodos dictatoriales para acelerar la asimilación de lo occidental por la Rusia bárbara, en no detenernos frente a procedimientos bárbaros en la lucha contra la barbarie”⁶.

Lenin reconoció que sólo una gran industria mecanizada, capaz de organizar también a la agricultura, podía ser la base material del socialismo⁷, para lo cual el capitalismo monopolista de Estado que existía en Alemania representaba, “sin los *junkers* y los capitalistas”, su “antesala”, la “preparación más perfecta”⁸. Y, con el fin de aliviar la extrema escasez interna de productos y romper el aislamiento internacional en que se encontraba la Rusia soviética, trató de impulsar la economía de mercado, aunque bajo control del Estado. La NEP, con el concurso del sistema monetario, estimuló la agricultura y revivió la industria, haciendo que la producción de Rusia se duplicara entre 1922 y 1923 y alcanzara, en 1926, los niveles anteriores a la Primera Guerra Mundial⁹. Todo indica que el propósito de Lenin era promover no sólo la pacificación y la conciliación internas, sino también normalizar las relaciones de la Rusia soviética con los demás Estados europeos, sobre todo con Alemania, cuyas fábricas de material bélico, las más modernas de Europa, estaban paralizadas debido a las prohibiciones impuestas por el humillante Tratado de Versalles. Como comisario de Guerra, Trotsky, interesado en montar una industria de armamentos para el poder soviético, inició entonces contactos secretos con las empresas alemanas Krupp, Blohm & Voss y Albatross, y Lenin lo autorizó a ofrecerles ventajas, de modo de atraerlas. Estas empresas se dispusieron a cooperar con la Rusia soviética, proveyendo la maquinaria y la asistencia técnica necesarias para la fabricación de aviones, artillería y municiones, cuya producción dentro del territorio de Alemania estaba prohibida por el Tratado de Versalles. El 16 de abril de 1922, Alemania y la Rusia soviética firmaron el Tratado de Rapallo, de extraordinaria importancia económica y política para los dos países en ese momento. Al reconocer a la Rusia soviética, Alemania rompía el cerco al que Rusia todavía estaba sometida. Sin embargo, en conformidad con el diagnóstico de Kautsky, el ensayo socialista fracasó, y la única opción para la Rusia soviética fue retirarse al *Staatskapitalismus* (capitalismo de Estado), que no era nuevo, dado que, allí, el capitalismo desde siempre había existido gracias solamente al poder del Estado¹⁰.

Con el fallecimiento de Lenin, en 1924 Josef Stalin, en su condición de secretario general del PCUS, concentró en sus manos el poder omnímodo, igual o mayor que el de los antiguos zares. Y entendió, frente al fracaso de la revolución en Europa (sobre todo en Alemania), que la Unión Soviética atrasada, agrícola, donde el capitalismo todavía no había desarrollado todas sus fuerzas productivas podía, aisladamente,